

rigirle sus escritos le llamaban el representante de la posteridad. Constituyen estos trabajos las incesantes ocupaciones de su obispado, tan admirable por la sencillez y heroísmo de sus virtudes, como por el número y excelencia de sus escritos. Al mismo tiempo se ocupaba en la educación de los jóvenes, hacia que se construyese en Hipona un hospital ó casa para recoger los peregrinos, aliviaba la suerte de los esclavos, vestía á los pobres, y como San Ambrosio, llegó hasta el punto de vender los ornamentos y vasos sagrados de su Iglesia para subvenir á las necesidades de los pobres y rescatar cautivos.

Mientras que los discípulos del Crisóstomo eran perseguidos en Grecia, mientras los restos del arrianismo agitaban la Galia y la Italia, y los furores de los Donatistas oprimidos ensangrentaban el Africa, ocurría el gran acontecimiento histórico de la irrupción de los Bárbaros, que venían á cumplir la misión providencial de destruir la sociedad antigua para fundar sobre sus ruinas las modernas nacionalidades. Convertidos muchos de ellos al cristianismo, aunque profesando varias veces errores que constituyeron otras tantas heregías, no se habían civilizado sin embargo hasta el punto de olvidar sus feroces instintos; y así es que asolaban y destruían cuanto encontraban á su paso. Roma se veía sitiada por las huestes de Alarico, mientras que el débil Honorio deponía en Rávena la púrpura imperial. En aquel supremo momento verificóse también una reacción en favor del paganismo, suponiendo que todos aquellos males que pesaban sobre la patria, eran impuestos por haber echado en olvido los antiguos ritos y las patrióticas virtudes que en otro tiempo hicieron de Roma la señora del mundo. Levantáronse los antiguos ídolos, y públicamente re-

aparecieron las ceremonias prohibidas por las leyes de Graciano y de Teodosio. El prefecto de Roma llamó á los arúspices toscanos, y el último de los cónsules, vano simulacro de la antigua república, resucitó las ceremonias augurales el día de su instalación, en el mismo año en que la ciudad fué al fin tomada por asalto, saqueada y destruida.

En estos momentos en que tenían lugar tan terribles catástrofes, los paganos consideraban estas calamidades como una venganza de los dioses y un castigo por la victoria del nuevo culto. En la ruina del politeísmo y en la necesidad que tenían sus sectarios de sostener la creencia envejecida con símbolos nuevos, Roma con su grandeza material, con sus palacios y sus templos, había llegado á ser para ellos un tipo religioso, una divinidad, cuya ruina añadía el sacrilegio á todas las desgracias. Los mismos que hacia un siglo imputaban al cristianismo todo desastre accidental, toda alteración pasajera del imperio, le acusaban mucho más de este trascendental é inesperado acontecimiento, recordando al acusarle las antiguas prosperidades de Roma en el culto de los dioses y el genio de la república, que consideraban como la fuerza constitutiva de su antigua religión.

San Agustín rebatió victoriosamente estos cargos desde las cátedras de las basílicas de Cartago, recordando con gran oportunidad sucesos análogos durante el mayor prestigio de los errores que se pretendía rehabilitar, sosteniendo la grata esperanza de que Roma sería aun la metrópoli del mundo, y que después del desastre espiatorio que caía sobre la antigua patria de los falsos dioses, vendría á ser la ciudad eterna de los pueblos regenerados. Hizo más aun: en medio de los cuidados que su caridad prodigaba á las víctimas que se habían

librado del saqueo de Roma, trató de contestar á estas declamaciones del paganismo con una gran obra de historia y de filosofía, que tituló la *Ciudad de Dios*, monumento asombroso de un genio inspirado por el soplo de la divinidad, admirable interpretacion del pasado con los nuevos elementos de una doctrina imperecedera, paralelo el mas perfecto de las dos grandes civilizaciones que precedieron á los tiempos medios.

Entretanto, el imperio de Occidente, herido de muerte con la humillacion de Roma, se destruia por todas partes. Los Godos reinaban en Grecia y la mitad de Italia, los Vándalos desolaban la España, los Francos destrozaban las fronteras de la Galia, y los Hunos caminaban para destrozár pueblos civilizados y pueblos bárbaros. El Africa se resintió tambien de estos desastres. El conde Bonifacio, gobernador de esta provincia, fué calumniado en la córte de Rávena, en la cual crecian las sospechas y la intriga en proporcion de su debilidad. El enlace de este con una mujer de la familia de Genserico, rey de los Vándalos, aumentó el descontento de la córte de Rávena, y al fin fué destituido, declarándole enemigo del imperio. Ofendido el pueblo rey, tomó las armas, y para defenderse llamó á los Vándalos, los cuales invadieron el Africa en el año 428, aprovechándose de los huques que le proporcionó el gobernador romano. San Agustin combatió con gran energía esta traicion del primer magistrado del Africa, recordándole la obligacion de perdonar las injurias que le prescribia el Evangelio; y efectivamente, las ideas de perfeccion religiosa, las mas poderosas en esta época, no pudieron menos de producir impresion en el conde Bonifacio; así es que rompió su culpable alianza, se sometió al emperador y tomó las armas para arrojar á los Vándalos. La guerra fué sangrienta; alentados los bárbaros por un odio de

secta que servia de pretesto para sus robos y sus furores, saquearon toda la costa de Africa, en que habia muchas ciudades comerciales, asesinando á los sacerdotes y á las mujeres: solo tres ciudades, Cartago, Hipona y Cirta se libraron de sus furores. Encerrado en Hipona San Agustin con el gobernador de Africa y el resto de sus tropas, sufrió el asedio de los bárbaros, que mientras él vivió atacaron débilmente sus muros, libres milagrosamente por la presencia del santo doctor.

Abrumado por tantas inquietudes y contando setenta y seis años, San Agustin espiró en Hipona á los tres meses de sitio, despues de haber contribuido al esplendor del cristianismo y á su triunfo social definitivo. Al año siguiente la ciudad fué tomada y arruinada por Genserico.

Terminada la reseña biográfica del gran Padre de la Iglesia latina, para cuyo elogio serian pocas las páginas todas de este libro, deber nuestro es analizar, siquiera sea ligeramente, sus principales trabajos oratorios y las obras que mas directamente han contribuido á cimentar su fama; en ellas el predicador hallará en todos tiempos tesoros de sabiduria, de profunda piedad, de dialéctica incontrovertible, de fé, de entusiasmo y de energía, capaces por sí solos de hacer brotar la semilla divina en el corazon de sus oyentes.

Los trabajos de San Agustin pueden clasificarse en siete grupos distintos, para hacer mas útil su lectura, atendida la universalidad que los caracteriza.

- 1.º Obras de oratoria, sermones y homilias.
- 2.º Libros sobre el antiguo y el nuevo Testamento.
- 3.º Obras filosóficas, de crítica, de retórica y de erudicion.

- 4.º Escritos dogmáticos.
- 5.º Obras de controversia. Tratados contra los judíos, los arrianos y los hereges, maniqueos, pelagianos, priscilianitas, originistas y donatistas.
- 6.º Tratados particulares y libros ascéticos.
- 7.º Cartas referentes á diversas materias de religion, de moral, de historia, de crítica y de filosofía.

SERMONES Y HOMILIAS.

No son ciertamente las obras oratorias propiamente dichas, ó sean los sermones y homilias de San Agustin, sus trabajos mas notables, habiéndolos colocado en primer lugar, porque en ellos debíamos fijar principalmente nuestra atencion.

El gran mérito de los discursos de San Agustin está menos en la forma que en el fondo; su accion, las lágrimas que derramaba al pronunciarlos contribuyeron poderosamente al éxito maravilloso de sus peroraciones: esto no se trasmite, esto no pasa á la posteridad, pero se presiente y justifica por el resultado que tuvieron sus palabras en ocasiones críticas, en ocasiones difíciles en que solo una gran elocuencia podia haber hecho triunfar en los espíritus preocupados las doctrinas que defiende.

De San Agustin se conservan 364 discursos: 185 sobre pasajes diversos de la Escritura; 88 sobre las fiestas mas célebres del año y 69 panegiricos, 23 sobre temas diversos y uno sobre el sermón de la montaña.

Acomódase el santo doctor en sus trabajos oratorios á la capacidad de sus oyentes: se cuida únicamente de enseñar y hacer amar la verdad: *dum omnes instruuntur, grammatici non*

timeantur, dice en una de sus epístolas, siendo en verdad uno de los rasgos característicos de su elocuencia el olvido de sí mismo, de lo que tanto halaga la vanidad de muchos, de lo que es un peligro hasta para hombres de gran talento en la predicacion del Evangelio. Es un pastor que dirige, un amigo que aconseja, un padre que habla cariñosamente á sus hijos; solicita siempre la indulgencia del auditorio, encarece la importancia del asunto y se deja llevar despues en alas de su entusiasmo, hallando á cada paso recursos desconocidos para conmovier á los que le escuchan.

El obispo de Hipona medita, pero no escribe sus sermones: sus palabras, siempre oportunas, sus giros acomodados á las circunstancias que le rodean, hacen mas agradable y mas instructiva su elocuencia. Cuando habla á los rudos marinos y á los ignorantes trabajadores que acuden al templo, emplea términos que les son familiares, ejemplos que pueden comprender, y de este modo consigue su conversion: cuando predica en Cartago no desdeña las galas de una dición mas esmerada, ni los recursos del arte, que ya hemos dicho no censuró ni combatió jamás.

Veamos de qué manera se espresa hablando de la *Resurreccion*.

«Una persona que os ama ha cesado de vivir; no esperais verla mas, oir de nuevo su voz, ni que participe de vuestras alegrías, y las lágrimas se agolpan á vuestros ojos. ¿Llorais del mismo modo cuando habeis arrojado la semilla en la tierra? Si un hombre, desconociendo lo que sucede despues que el labrador ha confiado á la tierra el grano, se lamentase de su pérdida y fuese á derramar lágrimas de dolor sobre los surcos que le cubren, vosotros, mas instruidos que él, ¿no os compadece-

ríais de su ignorancia? No le diríais ¿no os inquieteis por nada? lo que habeis sepultado no está ya en el granero, no se halla en vuestras manos; pero aguardad algunos dias mas, y el campo que veis tan árido será cubierto de una abundante cosecha, y tendreis tanta alegría como nosotros, que sabiendo lo que vá á suceder, estamos llenos de regocijo y de esperanza.

Mas la cosecha se vé cada año, me direis, al paso que la resurreccion del género humano solo se verificará una vez, y esto á la conclusion de los siglos; teneis razon: pero el ejemplo se nos ha dado con un grano principal: el Señor, hablando de su muerte futura, ha dicho: *Si la semilla permanece así, si no muere, no se multiplica*. Este es el ejemplo de un solo grano, pero es tan grande, que todos deben tener fé en él. Por otra parte, todo lo criado, si en esto nos paramos un solo instante, nos habla de la resurreccion, y los ejemplos que vemos todos los dias deben darnos á conocer lo que Dios hará del género humano. La resurreccion de los muertos solo se verificará una vez, pero el sueño y la vigilia de cuanto respira se verifica todos los dias.

Las hojas del árbol se secan; ignorais vosotros dónde van á parar; pero llega la primavera y el árbol adquiere nueva vida, se cubre de follaje... ¿Es esta la primera vez que presenciáis esta maravilla? Nó: el año pasado ocurrió tambien. Luego el año se vá y vuelve, y el hombre criado á imágen de Dios, una vez muerto, no ha de revivir jamás!»

Al hablar de la grandeza de Dios se espresa con verdadera elocuencia en otro pasaje de sus sermones:

«¡Oh amados míos! ¿Qué palabra transitoria como la nuestra podrá alabar dignamente la palabra eterna, el verbo de Dios? ¿Cómo tan mezquino instrumento puede servir para ensalzar sus grandezas infinitas? Que los cielos le alaben, que las bóvedas del firmamento le ensalcen, que las potestades del

aire le elogien, que los grandes faros del universo y los astros repitan su gloria, que la tierra le celebre como pueda, y si no sabe celebrarle dignamente, al menos que no sea ingrata. Esplicad y comprended si podeis á Aquel cuyo poderio se estiende de un extremo á otro del orbe, al que todo lo ordena en su bondad. ¿Cómo se levanta para recorrer esa inmensa via partiendo desde la cima de los cielos? Si á todas partes llega, ¿desde dónde puede partir? ¿hasta dónde puede llegar?

No se halla limitado por el espacio, ni cambia por el tiempo, ni ha entrado, ni ha salido; es inmanente en sí mismo, todo lo llena y lo rodea. Los espacios no le poseen en su omnipotencia, no le contienen en su inmensidad, no le sienten en su accion.... ¿Veis cuánto os he dicho? pues sin embargo, no es nada para que de Dios podais formar idea. A fin de que las humildes criaturas puedan decir algo de El, se ha humillado, tomando la forma de esclavo; ha sufrido y combatido valerosamente; ha sido muerto y ha vencido á la muerte; y en esta forma ha entrado en el cielo el que jamás ha dejado el cielo. ¿Quién es, por consiguiente, este Rey de gloria, por el cual se ha dicho: *Ensanchad vuestras puertas, ¡oh príncipes! Puertas eternas, ¡ensanchaos! porque no podeis dejar paso á su grandeza; ¡ensanchaos para que penetre el Rey de gloria!* ¡Y los príncipes asombrados no le han conocido! ¿Quién es el Rey de gloria? No es solamente Dios, sino que tambien es hombre; no es solo hombre, sino que tambien es Dios. ¿Sufre? y sin embargo es Dios. ¿Resucita? y sin embargo es hombre. Ensanchad vuestras puertas, ¡oh príncipes! Puertas eternas, ¡ensanchaos y penetrará el Rey de gloria! Cosa nueva era para los infiernos recibir un Dios, y para los cielos recibir un hombre; y los príncipes, sorprendidos, preguntan:—¿Quién es este Rey de gloria?—Escuchad la respuesta:—Es el Señor fuerte y poderoso, el poderoso Señor en los combates.»

No pondríamos fin á este trabajo si fuésemos á reproducir los muchos pasajes que hallamos dignos de mención en los dis-

cursos de San Agustin. Entre los ejercicios mas útiles que nos atrevemos á recomendar en las aulas, figura la lectura de sus *Sermones* y *Homilías*, procurando detenerse á analizar y comprender sus mejores periodos y mas bellas frases.

TRATADO DE LA VERDADERA RELIGION.

San Agustin escribió este libro, segun ya hemos dicho antes de ahora, hallándose en Tagaste, algun tiempo despues de su conversion. Hablando de él, dice el célebre Arnauld: «No tengo necesidad de recomendarle con mis palabras, porque su lectura puede demostrar mejor que nada su escelencia, y no dudo que dará siempre motivo para admirar la grandeza prodigiosa del talento é ilustracion extraordinaria de un varon tan insigne como incomparable. ¿Quién será capaz de explicar un hecho en el cual yo he pensado muchas veces? ¿cómo al poco tiempo de conocer los misterios de la religion cristiana, y sin tener todavía carácter alguno en la Iglesia, mas que el de uno de sus creyentes, pudo Agustin hablar de una manera tan digna y elevada de una religion divina, que el mismo Dios ha venido á establecer sobre la tierra, y supo formar tan escelente idea de su grandeza? No es posible seguir con la vista el vuelo de esta verdadera águila, penetrar la solidez de sus admirables razonamientos y contemplar las altas verdades que propone, sin desvanecerse con tan viva luz.»

El libro de la *Verdadera religion* es una vasta ojeada sobre la revelacion cristiana. En él hay profundidad, claridad, lógica, ciencia, moral y verdadera elocuencia: á pesar de su corta extension, es una obra maestra en que pueden aprender mucho los filósofos y los teólogos. Aunque San Agustin se propuso únicamente con este libro enseñar la verdad religiosa á un

amigo, sin tratar de demostrarla, puede decirse que tal es el imperio de la verdad, que queriendo únicamente espresar la creencia evangélica, la demuestra insensiblemente y de un modo admirable.

La pintura que en esta obra hace San Agustin del cristiano que sabe amar á sus semejantes, hubiese arrancado estrepitosos aplausos á los filósofos de Atenas y de Roma. El juicio critico de la conducta y las obras de los filósofos de la antigüedad, en oposicion con las doctrinas del cristianismo, es otro de los pasajes mas notables de este libro, con razon elogiado por los escritores mas ilustres y los hombres mas sábios de todas las naciones.

LAS CONFESIONES Y LA CIUDAD DE DIOS.

Difícilmente podríamos añadir una sola reflexion á lo muchísimo que se ha escrito hasta hoy acerca de las *Confesiones* de San Agustin, libro admirable y que nadie ha podido imitar despues.

Su lectura interesa tanto al orador sagrado, que sin ella no es posible comprender la mayor parte de sus escritos: el santo, dice Chateaubriand, no se confiesa á la tierra, sino al cielo, y nada oculta al que todo lo mira y lo vé todo; es un cristiano arrodillado en el tribunal de la Penitencia, que llora sus faltas y las descubre para que el médico aplique el remedio oportuno: cuantos móviles ocultos mueven al corazon, cuantas pasiones le agitan, cuantas dudas atormentan el espíritu, cuanto tiene de interesante una lucha sostenida con valor entre las seducciones del mal y los impulsos generosos del bien, todo se halla en ese libro admirable, en el cual se ha retratado á sí mismo el angéli-

co doctor con ruda franqueza, sin hipocresía, sin doblez ni vanidad.

No es posible hallar un cuadro histórico mas bello, ni mas instructivo de los movimientos del alma, que la descripción que hace Agustín de las disputas que sostiene con sus amigos, sobre el bien y el mal, la materia y el espíritu: esta parte es la mas interesante de sus memorias, y de la que el predicador puede sacar lecciones prácticas muy oportunas y convenientes.

Hay algo mas que una sencilla confesión en el libro que nos ocupa. Después que el santo refiere la muerte de su madre, santa mujer que le sigue á todas partes hasta verle abrazar el signo de la regeneración del linaje humano, guarda silencio; y el sepulcro abierto en la orilla del Tíber, viene á ser hasta cierto punto como el término de su propia historia: los pasajes que escribe después, contienen cuanto la filosofía ha producido de mas profundo, siendo evidente que en ellos se inspiró Bossuet para componer una de sus mejores obras (1).

El libro de las *Confesiones* de San Agustín, escrito en Africa, en los últimos dias de la civilización romana, causa el mas vivo interés y el mayor asombro; es un monumento colosal colocado en el límite de dos sociedades; una, agonizante; otra, naciente: de pueblos diversos que habian de hermanarse mas tarde, no sin reproducirse en su seno las mismas luchas, las mismas vacilaciones, los mismos combates que atormentaron por espacio de muchos años el alma de su autor. Agustín nos ha dejado en sus *Confesiones* una historia anticipada de la época turbulenta que vá á ocuparnos en breve; es en este sentido una profecía viva, un poema bellissimo, inspirado por la fé, y un tratado completo bajo el aspecto filosófico y social.

(1) L'Elevation sur les Mystères.

La Ciudad de Dios es otra de las obras cuya lectura no podíamos menos de recomendar muy particularmente á los jóvenes que se dedican á la carrera eclesiástica. San Agustín destruye en esta joya preciosa de su diadema inmortal, una de las mas funestas preocupaciones de los espíritus débiles y enfermizos. Roma sucumbe bajo el peso de sus desórdenes y de sus infamias; sucumbe por voluntad del Altísimo, y ciega todavía, apela, para hallar su salvación, á las supersticiones de un culto que habia anticipado su fin.

Agustín recibe en Africa, con la mas ardiente caridad, las víctimas de aquella espantosa catástrofe, y para contestar á sus acusaciones injustas, escribe *La Ciudad de Dios*, magnífica oración fúnebre del imperio romano, que solo podia pronunciarse desde la tribuna del santuario.

Todas las cuestiones referentes al dogma y á la moral, todo lo que concierne á la metafísica, á la teología, á la controversia y á la crítica, se halla en este libro. Remontándose en él á los principios fundamentales de gobierno, al origen de las sociedades, á la fuente de las opiniones, á la formación de los pueblos, á los elementos de la moral y al influjo de las religiones, comprende, bajo un plan vastísimo, la naturaleza entera tal y como fué formada por el mandato de Dios.

Consta de veinte y dos libros, y sometiéndolos todos á un fin determinado, es el primero que escribe la historia, abarcando, bajo una sola mirada, la humanidad. Nadie hasta San Agustín habia llegado á ver, dice Cantú, ninguno de los filósofos mas ilustres habia llegado á adivinar, bajo la contingente variedad de los acontecimientos de que se compone la historia de la familia humana, un designio inmutable y necesario de la Providencia, que se cumple gradualmente á pesar de los obstáculos,